

Alfonsina Storni

— De *Revista Iberoamericana*, órgano del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana. México, D. F., mayo de 1939 —

Tomó la madrugada por los hombros y se abalanzó al mar con ella. La recogió y la arropó el silencio en la playa. A la tierra la devolvía santamente el mar. La tierra le había devorado la frescura de su primera juventud.

Se le había despuntado la aguja con que hilvanaba el encanto del vivir a la esperanza del encuentro de un hombre digno de ser amado.

Ella creyó haber dicho ya sus últimas palabras, cuando confió a la noche del 23 de octubre las páginas en blanco de su vida, sobre las cuales se negó a escribir otra respuesta a su destino. En su poema «Dejadme llorar» ella repite: «Mis palabras están todas dichas...» «Palabras y cosas, ya sois para otros...»

A lo largo de su último libro, «Mundo de siete pozos», brota como una voz otoñal que parece decir: la fuente de mis días está exhausta; toda mi vida está ya vivida. Todavía sueña, pero esos sueños tienen en suspensión los gránulos de arcilla de los sueños que pasaron finalmente por el polvo de la tierra.

Hay en este libro un dejo de fatiga, un leve sabor amargo de vida sin disfrute, de resequa uva que no llega a ser pasa.

En el poema que llama «Uno», nos atreveríamos a pensar que está a punto

de descubrir respuesta a su perenne pregunta: ¿Será éste el hombre que esperaba? Parpadea la flámula de un sensual deseo. Mas nada ni nadie responde a su pregunta. En la barca de su desencanto la transitoriedad guarda en su equipaje todos estos ensueños múltiples.

Vivió su existencia en la íntima agitación de un drama que deshojó su primavera. En una carta suya, refiriéndose a sus contemporáneas, y a sí misma, escribe estas palabras: «Somos todas hijas del instinto femenino, ahogado durante largos siglos y flotante ahora en nuestros versos a través de modos anímicos personales.»

«En Juana, como usted maravillosamente lo ha comprendido.

«En Gabriela, gimiendo por el hijo no obtenido, por la piedad al hombre, por el amor truncado que le devoró la juventud.

«En mí, comprendiendo este drama: Soy superior al término medio de los hombres que me rodean, y físicamente, como mujer, soy su esclava, su molde, su arcilla. No puedo amarlo libremente: hay demasiado orgullo en mí para someterme. Me faltan medios físicos para someterlo.

«El dolor de mi drama es en mí superior al deseo de cantar y voy por eso más, al canto puro.

«El pensamiento se enreda a mi instinto y lo ahoga, lo debilita, lo tritura».

Los años pusieron más grave acento a su drama interior.

En su poema «Crepúsculo», la última estancia dice:

*Paredes de agua
me harán cortejo
en la tarde
resplandeciente.*

Y en «Luna de marzo sobre el mar» se lee:

*Sarmiento es mi cuerpo,
pardo y seco
clavado en la fría
flor del mar
cuyo fondo de hielo
esmeralda
desea.*

Y, sin embargo, no se labró su tumba en los cristales del mar. Ella arrojó a las olas la enamorada muerta que llevaba consigo. Por muchos días, en nombre de la muerta adorada y compadecida, ella había ido agitando el pañuelo de su adiós a la vida.

La literatura de América le debe la revelación de una alma femenina frente a frente del varón. Le debe la visión de un mundo mirado al través de unos ojos y de un corazón orgullosamente femeninos.

R. BRENES MESÉN

Homenaje del Senado argentino a Alfonsina Storni

— Del Boletín de la Cámara de Senadores de la Nación. B. Aires, 21 de noviembre de 1938 —

SR. PALACIOS.—Pido la palabra.

Voy a distraer la atención de los señores senadores para hablar de un asunto que no está incluido entre los que deberá considerar este alto cuerpo, pero que acaso tenga relación con el patrimonio espiritual del país.

Corrientes de sensualidad, oportunismo y corrupción agitan al mundo, amenazando la vida de nuestro pueblo. Es ésta, señores senadores, una época de fácil enervamiento y de abandono de los ideales, por imposibilidad de realizarlos. El ideal es una aspiración que implica un acto de voluntad para conseguirlo. Sin voluntad no hay posibilidad de ideal.

Tácito refiere cómo en un día de batalla, las legiones romanas no pudieron enclavar sus estandartes en el suelo anegado de Germania. Así, nosotros, no podríamos mantener firme, en la ciénaga, el asta de nuestra bandera, que es expresión del espíritu.

Nuestro progreso material asombra a propios y extraños. Hemos construido urbes inmensas. Centenares de millones de cabezas de ganado, pacen en la inmensurable planicie argentina, la más fértil de la tierra; pero frecuentemente subordinamos los valores del espíritu a los valores utilitarios y no hemos conseguido, con toda nuestra riqueza, crear una atmósfera propicia donde pueda prosperar esa planta delicada que es un poeta.

Asistimos, actualmente, a una reacción antiemocional; se declara tabú a los sen-

timientos y se nos ofrece como norma ideal, la índole materialista, implacable y exacta de la máquina.

A esa deshumanización creciente de la vida, debemos contraponer la cualidad cordial y emotiva que está en la esencia de nuestro pueblo, cuyo destino no es un apocalipsis sino un nuevo génesis.

Disminuir el imperio del negocio y llevar un poco de blanco y azul a la conciencia de las naciones: he ahí nuestra principal tarea, expresada magistralmente por nuestro magnífico poeta, Leopoldo Lugones.

Hay una triste jactancia que tiene acentos beocios, como lo observara Manuel Gálvez, en el desdén con que alude al escritor y, especialmente al poeta, todo el que se siente dueño de una posición política o social.

No es esa, sin duda, una expresión de cultura de la cual nos podamos envanecer. Demuestra, por lo contrario, que a pesar de la índole emocional de nuestro pueblo, no hemos logrado aún sobrepasar el ambiente agropecuario ni sobreponernos a los afanes materiales.

En dos años han desertado de la existencia, tres de nuestros más grandes espíritus, cada uno de los cuales bastaría para dar gloria a un país: Leopoldo Lugones, Horacio Quiroga y Alfonsina Storni.

Algo anda mal en la vida de una nación cuando, en vez de cantarla, los poetas parten, voluntariamente, con un gesto

de amargura y de desdén, en medio de una glacial indiferencia del Estado.

Los poetas entran en el misterio de las cosas; nos revelan la belleza y predicán por los caminos, el evangelio del desinterés, para que no se amonedan los corazones. Son los enviados con un fin de expresión—lo dijo magistralmente Emerson—, inspirándose en otro más grande que él: Carlyle.

El poeta es el que dice, el que nombra, el que expresa la belleza. Ve fundirse y metamorfosearse las cosas y observa que en la forma de cada criatura existe una fuerza que le impulsa a elevarse a una forma, siempre mejor.

Los poetas espiritualizan la existencia, despiertan el instinto del heroísmo; afirman que el honor vale más que la vida, y nos apartan del peligro de convertirnos en Sidón o Cartago.

No permanezcamos indiferentes ante los poetas y seamos capaces de crearles una atmósfera propicia. Comencemos, hoy, nosotros, que rendimos homenaje, a veces justicieramente, a los personajes oficiales, por tributar a la memoria de Alfonsina Storni, el que merece su obra, significando así nuestro recuerdo respetuoso a los valores creados por aquel alto espíritu, que son hoy un bien nacional.

Alfonsina Storni, vencida por la enfermedad, la pobreza y la incompreensión, fué nuestra poetisa de mayor alcurnia, por la fuerza de su talento poético y por su idealismo militante. Ha sido considerada como una gran expresión de la poesía castellana y argentina, que trajo a nuestro idioma matices renovados en el